

La performatividad del lenguaje de la guerra y la guerra por el lenguaje en la rebelión popular chilena y en la pandemia

Yael Zaliasnik

Universidad de Santiago
Santiago, Chile
yzaliasnik@gmail.com
orcid.org/0000-0003-2954-0687

Resumen | El texto busca indagar en la performatividad del lenguaje, en especial bélico, como punto de unión y continuidad de/ entre la rebelión popular y la crisis del Sars-Cov-2 en Chile. Ya desde la insistencia de denominar "guerra" a las distintas situaciones, en las que se "ficcionaliza" al enemigo de diferentes y, en algunos aspectos, parecidas maneras, se pueden entrever estrategias y designios de un necropoder, en la concepción de Mbembe, que -también a través del lenguaje- revela sus políticas o ausencia de políticas decidiendo quién puede vivir y cómo y quién debe "ser castigado", e incluso morir y cómo.

PALABRAS CLAVE: Performatividad. Lenguaje. Guerra.

A performatividade da linguagem da guerra e a guerra pela linguagem na rebelião popular chilena e na pandemia

Resumo | O texto busca investigar a performatividade da linguagem, especialmente bélica, como ponto de união e continuidade da / entre a rebelião popular e a crise Sars-Cov-2 no Chile. Já a partir da insistência em chamar as diferentes situações de "guerra", em que o inimigo é "ficcionalizado" de maneiras diferentes e, em alguns aspectos, semelhantes, estratégias e desenhos de um necropoder podem ser vislumbrados na concepção de Mbembe, que - também através da linguagem - revela suas políticas ou a ausência de políticas ao decidir quem pode viver e como e quem deve "ser punido", e até morrer e como.

PALAVRAS-CHAVE: Performatividade. Língua. Guerra.

The performativity of the language of war and the war for language in the Chilean popular rebellion and in the pandemic

Abstract | The text seeks to investigate language's performativity, especially warlike, as a point of union and continuity of/between the popular rebellion and the Sars-Cov-2 crisis in Chile. In the insistence on calling the different situations "war," with "fictionalized" enemies in diverse and, in some aspects, similar ways, strategies, and designs of a necropower can be glimpsed. In Mbembe's conception, that attitude -also through language- reveals its policies or the absence of policies deciding who and how one can live, how and who should "be punished," and even who dies and how.

KEYWORDS: Performativity. Language. War.

Enviado en: 30/11/2020
Aceptado en: 09/12/2020
Publicado en: 23/12/2020

"La lengua no ha sido terreno apolítico nunca ni en ningún lugar, porque no se puede separar de lo que unas personas hacen con otras". (MÜLLER, 2011a, p. 40)

Guerra. La palabra "guerra" lleva consigo una carga pesada. La palabra "guerra" está cargada. Está siempre cargada. No puede dejar esa carga de lado, ignorarla, porque es una parte constitutiva de sí. Cargada como un arma, como una pistola, como una metralleta. Cargada como una narración, como un poema, como una canción. Cargada de imágenes. De imágenes e ideas. Imágenes que son, ellas mismas "balas". Cargada incluso de "batallas", "enemigos", "municiones". La palabra "guerra", como todas las palabras, no da lo mismo. La palabra "guerra" no es neutra, inocua, inofensiva. La palabra "guerra" es una realidad y una metáfora. La palabra "guerra" lleva consigo otros vocablos y las ideas que ellos también portan, cargan, producen y reproducen. Porque las palabras, como señalara John L. Austin ya en 1962, hacen cosas (AUSTIN, 2018). Las palabras falsean, mienten, confunden. Las palabras duelen, hieren, hieden, abofetean, matan. Las palabras acompañan, silencian, prometen, gritan, acarician. La palabra "guerra", por ejemplo, lleva consigo la muerte, implica un enfrentamiento, enemigos, divisiones, territorios, fronteras, lucha, reglas sociales que se difuminan y olvidan, deshumanización.¹

La palabra "guerra", como tantas otras, no solo describe, también crea, impulsa, origina, desencadena. Existen muchas veces misteriosas relaciones no solo entre las palabras y las cosas, sino también entre las palabras y las acciones, las palabras y las interpretaciones, las palabras y lo que cambia, las palabras y el poder, las palabras y su ausencia. Chantal Maillard, en "La herida en la lengua", nos refiere a una anécdota de Friedrich Hölderlin, recogida en un poema de Paul Celan, "Tubinga, enero" (MAILLARD, 2015). Recluido en un torreón a las orillas del río Neckar, en los últimos años de su vida, Hölderlin, según se cuenta, a cualquier pregunta que se le hiciese, contestaba invariablemente "*pallaksch, pallaksch*", una expresión en alemán con la que se remeda el balbuceo de los niños pequeños. Fue un mes de enero cuando los altos mandos de las SS se reunieron en Tubinga para decretar el exterminio del pueblo judío. La boca de quien siente, percibe, reflexiona a veces no puede sino balbucir. Volvemos entonces al potencial del lenguaje, incluso cuando este se guarda y reprime, balbuciente.

El principio básico de la Teoría de los Actos de Habla, propuesta por Austin y posteriormente incorporada dentro de la teoría lingüística por John Searle (1969), es que el lenguaje se utiliza para desplegar acciones. El lenguaje no es únicamente descriptivo ni declarativo sino que puede desarrollar muchas otras funciones. Entre estas, está el enunciado performativo o realizativo, por el cual quien habla no solo describe una acción, sino que la realiza. Es el caso evidente de enunciados como "lego mi reloj a mi hermano", "te bautizo en el nombre...", "te prometo que..." o "te apuesto que..." y menos evidente de realidades que, de alguna forma, se intervienen por el mero hecho de escoger ciertas palabras por sobre otras. Estos no pueden ser

¹ Este trabajo forma parte de la investigación Teatralidad de y en distintos espacios de poder en Chile hoy (CONICYT FONDECYT/ INICIACIÓN FOLIO N° 11170851), periodo 2017-2019.

calificados como verdaderos o falsos sino como adecuados o no adecuados a ciertos criterios contextuales. A través del lenguaje y de lo que Austin denominó "actos de habla", muchas veces hacemos que algo ocurra. En esto se apoyará luego Judith Butler y muchos otros teóricos para formular teorías respecto a la performatividad en distintos ámbitos, pues dicho concepto tiene que ver precisamente con un cambio, una transformación, una acción. De allí deriva, como señala Homi Bhabha, su politicidad, dado su carácter constructor y su repercusión en la realidad (BHABHA, 2007, p. 32). La visión de lo político, por otra parte, como la relación guerrera por excelencia, dentro del concepto de soberanía o "el derecho a matar", es abordada por Achille Mbembe, quien en *Necropolítica* se refiere a "la percepción de la existencia del Otro como un atentado a mi propia vida, como una amenaza mortal o un peligro absoluto cuya eliminación biofísica reforzaría mi potencial de vida y de seguridad" (2006, p. 24). Para este autor, el estado de excepción junto a la relación de enemistad son hoy en día la base normativa del derecho de matar. Para ello, es necesario e indispensable "ficcionalizar" al enemigo. Distintos grupos requieren de una guerra y, especialmente de un enemigo, para saber que existen, validarse, cohesionarse, darse importancia, justificar y legitimar sus acciones. Dentro de estas, ocupan un sitio central las respuestas violentas y supuestamente "defensivas", con una especie de "permiso abierto" para zaherir y, en especial, el derecho de matar. En todo ello el lenguaje puede tener un papel fundamental.

Por lo mismo, cuando el 18 de octubre de 2019 se hizo visible, audible, sensible una gran e importante rebelión en Chile, el Gobierno no tardó mucho en reparar en el lenguaje y, antes que nada, en recurrir al léxico bélico. Al mismo continuó echando boca y mano cuando en marzo del año siguiente la pandemia de Sars-Cov-2 que se propagaba en el país "apagó", de cierta manera, o colocó "entre paréntesis" o "en pausa" esta rebelión. Congregarse comenzó a ser sanitariamente peligroso, situación que sirvió para que el poder de dominación justificara el "estado de catástrofe"² y, con él, a los militares nuevamente en la calle, el toque de queda, las cuarentenas, las campañas de "quédate en casa" y de "distanciamiento social". Este último ya era una realidad atroz y palmaria en Chile mucho antes de este lema, reflejo de las tremendas e insalvables distancias entre diferentes personas y sus posibilidades según, entre otros, la clase social y el lugar de nacimiento. Asimismo, era una realidad evidente antes del virus la idea misma de "confinamiento", propia del neoliberalismo, que igualmente aísla. Como vemos, la pandemia (global) del Sars-Cov-2 no solo está unida lineal y cronológicamente con el estallido o rebelión popular que comenzó en Chile en octubre de 2019 (aunque sus causas y gatillantes más profundos sean de mucha más larga data)³, sino también y, entre otros, por una serie de metáforas bélicas acuñadas, promovidas, difundidas por el poder de dominación -en estas circunstancias, el Gobierno-, pero "tomadas" también por el poder de resistencia, en el caso de la rebelión popular. Esto, a través de cierto guión

² Estado de excepción que se renovó, simbólicamente, el 11 de septiembre de 2020, día en que se cumplían 47 años del golpe de Estado..

³ Cómo llamar a lo que comenzó en octubre de 2019 en Chile tampoco es irrelevante. "Estallido" implica algo súbito e inesperado; "revuelta", un desorden o un nuevo orden; "rebelión", una insurrección, manifestación de una rabia que se ha acumulado... La palabra que se elige implica cosas y produce efectos.

que incluye múltiples y heteróclitas aristas. Entre estas, se ha recurrido frecuentemente al lenguaje bélico, ejemplo en sí mismo de una "guerra" también por disputarse y apropiarse de determinadas palabras, por resignificarlas, por utilizarlas y reutilizarlas, por descalificarlas o ensalzarlas, por otorgarles o restarles cierto sentido, por compartirlas o guardarlas solo para algunas personas y ocasiones. Todo lo contrario de lo implícito en la etimología misma de la expresión "pandemia" que, en sus antiguas raíces griegas, está compuesta por "pan" (totalidad) y "dem" (gente). Toda o casi toda la gente recurre al lenguaje para expresarse y comunicarse. Toda o casi toda la gente habla, escucha, lee, opina. Todo, a través del lenguaje. Sin embargo, el mismo es capaz de situarnos en veredas contrarias, de enfrentarnos, negarnos, de convertirnos en enemigos -sobre todo una vez (auto)proclamada "la guerra" (ejemplo innegable de la performatividad del lenguaje)- en un "guión" que así nos/ los ficcionaliza como "enemigos", "enemigos" inmersos en una guerra también muchas veces ficcionalizada en sí misma, desde una visión más amplia, desde cierto guión, desde cierto relato. Así, lo que narramos o dejamos de narrar y cómo lo hacemos produce efectos en un escenario más extenso y ciertamente real.

El lenguaje en el guión

Al verse sobrepasado con la escenificación de la rabia y rebeldía "puesta en escena" por los estudiantes secundarios que, enfadados por el alza del pasaje del metro (la "punta del iceberg", en realidad, de tantas demandas insatisfechas, producto de profundos abusos e injusticias), comenzaron a evadir el pago del mismo y a salir a las calles, la reacción del Gobierno chileno fue invocar clara y directamente a la guerra. De hecho, no hay tantas interpretaciones posibles cuando se decreta "estado de emergencia"⁴. A raíz de esto, personeros militares van quedando a cargo de las distintas "zonas de emergencia", o sea, del territorio de Chile. Para el 23 de octubre, el estado de emergencia que la madrugada del 19 solo había sido declarado para las provincias de Santiago y Chacabuco, se había expandido ya a quince de las dieciséis capitales regionales. Junto con una re evocación de la recordada imagen de los militares en la calle, esto trajo consigo también otros engramas incuestionables de la dictadura cívico militar, como el "toque de queda" y la retórica bélica.

Estos hechos, signos, imágenes y lenguaje evocaron en los chilenos el recuerdo (o el relato de otros, en las generaciones más jóvenes) duro, reciente, inolvidable y estremecedor del golpe de Estado de 1973 y la cuestionada y poco democrática manera que los golpistas encontraron entonces para imponer "el orden" en el país. No en vano, cundieron las caricaturas, rayados en paredes, grafitis que comparaban ambas épocas o, por lo menos, colocaban, lado a lado, estos años: "1973/ 2019".

⁴ Régimen de excepción que puede dictar el gobierno de un país en situaciones excepcionales. La palabra "**emergencia**" nos refiere a lo urgente ("situación de peligro o desastre que requiere una acción inmediata"), pero también a lo que surge o emerge, pues, hasta entonces, permanecía hundido, como los invisibilizados de siempre que salieron a la calle en octubre para hacerse ver, oír, percibir, notar. (Ver <https://www.eldesconcierto.cl/2019/11/02/del-estado-de-emergencia-a-la-emergencia-ciudadana/Montealegre>)



Figura 1 - Estación de Metro Baquedano. Santiago, octubre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

En los tiempos de la dictadura cívico militar se evocaba también las figuras y el léxico bélico. Se hablaba una y otra vez de una guerra. “Estamos en guerra entre marxismo y democracia” señaló, por ejemplo, Augusto Pinochet tras el intento por emboscarlo y asesinarlo en 1986. Se señalaba la necesidad de erradicar la “invasión” comunista y/o “terrorista”, de “subversión”. Algo similar sostuvo el presidente de Chile, Sebastián Piñera, la noche del domingo 20 de octubre de 2019, tras una jornada de fuertes manifestaciones ciudadanas y enfrentamiento con la Policía y militares, cuando expresó su respaldo al trabajo de las Fuerzas Armadas y de Carabineros. “Estamos en guerra contra un enemigo poderoso, implacable, que no respeta a nada ni a nadie, que está dispuesto a usar la violencia y la delincuencia sin ningún límite”, dijo en cadena nacional durante la segunda noche de toque de queda en Santiago. Sus dichos, tras una reunión con el general Javier Iturriaga, nombrado Jefe de la Defensa Nacional para la Región Metropolitana durante el estado de emergencia, fueron duramente condenados por su tono bélico.



Figura 2 - Manifestación en Plaza de la Dignidad. Santiago, octubre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

Incluso el mismo Iturriaga pronto se desmarcó de ellos señalando que “soy un hombre feliz, no estoy en guerra con nadie”.

En realidad, Piñera había utilizado esta frase (y/u otras muy similares) en varias circunstancias y ocasiones anteriores: el 7 de abril de 2018 para la entrega de nuevas radiopatrullas a Carabineros; el 11 de junio de 2019, al firmar el proyecto de ley antiportonazos, cuando señaló que “nuestra sociedad está en guerra contra la delincuencia y el narcotráfico, y todos sabemos que esta es una guerra dura y difícil, porque al frente tenemos un enemigo cruel, implacable y poderoso, que no respeta a nada ni a nadie con tal de conseguir sus perversos objetivos” (LAWNER, 2020). Luego, al inicio de la rebelión, y también después. El 28 de noviembre de 2019, en pleno incremento de las protestas, aprovechó una ceremonia de graduación de detectives para decir que “estamos enfrentando a un enemigo muy poderoso e implacable que no respeta a nada ni a nadie”. El 22 de febrero de este año, tras algunas manifestaciones en Valparaíso, reiteraría que “estamos enfrentando un enemigo poderoso e implacable, que no respeta la vida de los seres humanos; que no respeta a nuestros héroes como vimos con la degradación y ofensa a la estatua de Arturo Prat”.

En la rebelión popular se decía y repetía que el “enemigo” estaba conformado por delincuentes. Se le achacaba también su posible vínculo con el anarquismo, probablemente por la manida estigmatización de quienes adoptan dicha ideología así como por algunos signos en las calles de Santiago, característicos de estos grupos ácratas y antisistema. Se dijo también que estos actos estaban organizados y alentados desde el extranjero. “**Extranjero**”, una palabra que, como señala Herta Müller, es “tan neutra y, al mismo tiempo, tan tendenciosa como el tono de cada voz al pronunciarla” (2011b, p. 24). Todo, dentro de esa especie de obsesión por culpar a “otro” del desacato, del desorden, de la rebeldía, ficcionalizando, sin querer ver lo más obvio y real, que el descontento estaba ahí/ aquí hacía años. “No son 30 pesos, son 30 años”, el mensaje cundió por doquier.

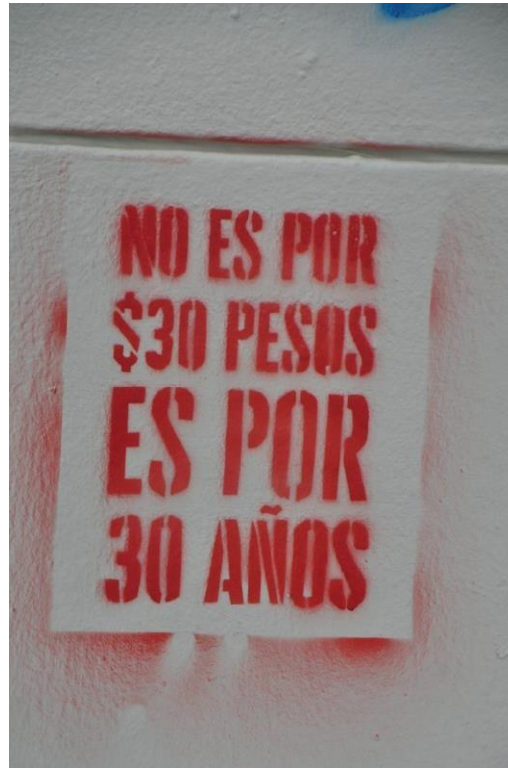


Figura 3 - Pintura en Av. Providencia. Santiago, noviembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

No se quería entender que la imagen brillante, brillante y maquettata del país se sostenía sobre la feble base de una enorme injusticia social, cultural, económica y política, una historia plena de abusos, hasta ese momento y en cierta manera, normalizados. Y aunque la “guerra” fuese una declaración y una percepción desde la perspectiva de algunos pocos, el concepto y el acto de autoproclamarla tienen una ineludible implicancia política y, por lo mismo y de la mano con ello, una innegable performatividad. Como señalara Clausewitz (2010, p. 23) en su clásico texto *De la guerra*, “todas las guerras tienen que ser consideradas como actos políticos”. En el mismo texto, explica:

La guerra es una mera continuación de la política por otros medios. Vemos, pues, que la guerra no constituye simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de ésta por otros medios. (CLAUSEWITZ, 2010, p. 22)

Así también el hecho de recurrir a la figura de la guerra, las metáforas bélicas que de aquí se desprenden y la guerra en sí como una metáfora tienen, en su posibilidad de hacer cosas, de producir afectos y efectos (de tener eficacia performativa), una politicidad incuestionable. Por lo mismo, no fue sorprendente que en el poder de resistencia también surgieran metáforas bélicas, como la “**Primera Línea**”, el nombre del que se apropiaron quienes día a día se enfrentaban a Carabineros y que, con la pandemia comenzó a utilizarse para los trabajadores de la salud que se “enfrentaban” también cada día, pero al Sars-Cov-2. Tampoco que, en enero de

2020, cuando un grupo de la llamada "Primera Línea" fuera al Congreso, el entonces presidente del partido de derecha Renovación Nacional y actual Ministro de Defensa, Mario Desbordes, manifestara su rechazo señalando que las acciones llevadas a cabo por estas personas estaban fuera de la ley: "no puede ser que estos anarquistas vayan y reciban homenaje en el ex Congreso Nacional"⁴. Así, el "enemigo" era señalado, caracterizado y ficcionalizado y este, por su parte, de alguna manera "tomaba el guante", enfrentándose, organizándose, portando palabras y escudos, apagando y desactivando lacrimógenas. Uniéndose. **Cuidándose**. Muchas consignas vistas esos días en la calle mencionaban este verbo en sus distintas conjugaciones.



Figura 4 - Afiche en Av. Providencia. Santiago, noviembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

Durante la pandemia, dicha palabra -"cuidado"- volvió a ser importante y su apropiación, motivo de disputas. La desconfianza en las turbias "estrategias" de un Estado que muchos sospechaban hablaba de "guerra" para justificar su adscripción a una necropolítica que aspiraba a asustar, obviar e incluso encerrar y/o atacar a quienes le resultaban molestos, incómodos (la canción del grupo Los Prisioneros, "El baile de los que sobran", se oía por doquier para la rebelión). El mismo Estado mantenía insatisfechas las necesidades concretas de su población durante la pandemia, mientras incluso nos culpaba de los fracasos y muertes, aduciendo una falta de "autocuidado". Así, ese Estado que, supuestamente, debía protegernos ante el "enemigo" logró, sin proponérselo, unir a mucha gente que, al igual que durante

⁴ El mismo Desbordes cuando dejó su presidencia del Partido Renovación Nacional (RN) y cargo de diputado en el Congreso para convertirse en Ministro de Defensa, afirmó "volveremos a la primera línea política". En <https://www.pauta.cl/politica/la-despedida-de-desbordes-volveremos-a-la-primera-linea-politica>. En EMOL, el 29 de julio de 2020, se tituló "La sorpresiva salida de Desbordes de la 'primera línea' y su llegada a Defensa que desactiva la pugna con Allamand". En <https://www.emol.com/noticias/Nacional/2020/07/29/993349/Desbordes-llega-a-Defensa.html>

la rebelión popular de 2019, entendió la fuerza de la organización y de los lazos comunitarios para luchar contra la adversidad de la escasez de recursos económicos y alimentarios (y la orfandad estatal) para sobrevivir cada día (la posible “enfermedad” de los cuerpos dentro de un sistema también percibido como “enfermo”). Volvieron a generarse organizaciones populares que habían operado en otras crisis, como las “ollas comunes” que proliferaron en todo el territorio, ante las evidentes carencias de amplios sectores de la población. Judith Butler se referirá al surgimiento en estas épocas de las “comunidades de cuidado”⁶, como “un concepto que atraviesa hogares, estados, regiones e incluso naciones. Son formas de comunidades que buscan proveer salud, transporte, información médica, comida, derechos, entre otros”. Y agrega:

Hay caminos importantes para la movilización política que han surgido de estas situaciones bastante terribles, y uno de ellos es el de las comunidades de cuidado, que yo creo que pueden expandirse a un movimiento global, transregional, que implica cuidar a las comunidades, que implica distribución de alimentos, distribución de medicamentos, llevar a la gente al doctor, pero también formas de llegar a conocer los derechos de uno, formas de llegar a conocer lo que es ser tratado con dignidad, y una cierta idea de que las vidas de las minorías tienen derecho a vivir, tienen derecho a condiciones sociales y económicas que les permitan seguir viviendo. (BUTLER, 2006)

Pese a los estereotipos creados, imaginados, percibidos y propagados por muchos, un número importante de quienes salieron a las calles en octubre en Chile, están ahora tras la organización de distintas actividades para apoyar a la población más precarizada. Asimismo, el contingente que se enfrentaba cada día con Carabineros en la Plaza de la Dignidad era y es increíblemente heterógeno, rompiendo la estigmatización y ficcionalización que de él ha intentado hacer el poder de dominación. Este último aseguraba que estaba muy organizado, vinculándolo con grupos anarquistas, confabulaciones internacionales y extranjeras, de los que supuestamente recibía materiales e instrucciones. Asimismo, en ciertas etapas de la pandemia, se intentó criminalizar, fiscalizar e incluso perseguir a quienes participaban en la organización de “ollas comunes”, implementando un protocolo gestionado por Carabineros, visto por muchos como un método para recolectar datos de las organizaciones vecinales y obtener un mayor control social.

Más sobre el enemigo

Para la rebelión se dijo que el supuesto enemigo era poderoso, fuerte, “implacable”, como señalaría Piñera. No obstante, hasta la fecha, hay muy pocos inculcados, por ejemplo, por la quema de las estaciones de metro en Santiago, personas claramente alejadas de esta estigmatizada descripción. El principal, un profesor universitario de matemáticas que fue filmado rompiendo un torniquete del metro. Es decir, todo apunta a un gran desconocimiento del “enemigo” (utilizando el léxico

⁶ En el seminario “Estado de excepción-excepción del Estado. Conversaciones en torno al estallido social y la pandemia”, organizado por el Centro de Estudios de Ética Aplicada de la Universidad de Chile. En <http://www.filosofia.uchile.cl/noticias/166129/judith-butler-las-comunidades-de-cuidado-pueden-expandirse>.

impuesto por el Gobierno), lo cual es complicado en cualquier "guerra". Así lo planteó Sun Tzu, autor muy anterior a Clausewitz, pero que fue conocido posteriormente en Occidente. En *El arte de la guerra*, escrito entre los siglos VI y V a.C., en China, aconseja: "conoce al enemigo y concóctete a ti mismo y, en cien batallas, no estarás jamás en peligro" (TZU, 2010, p. 35). En cambio, si no conoces al enemigo, solo te conoces a ti, las probabilidades de victoria o derrota son semejantes y "si no conoces al enemigo ni a ti mismo, es seguro que estás en peligro en cada batalla" (TZU, 2010, p. 36). Esto es obvio al ver la poca consistencia en las estrategias para "combatir" la pandemia (también a nivel mundial, aunque algunos gobiernos han sido menos erráticos). Cuando el ministro de salud, Jaime Mañalich, dijo desconocer el hacinamiento en que vive gran parte de la población nacional, pero, igualmente, se insistió, por ejemplo, en el plan "fondéate para el 18", en que cinco personas que no habitaran en una vivienda podían reunirse con sus moradores, quedó más patente incluso el desconocimiento de las propias "tropas" y/o "enemigo", según la conveniencia.



Figura 5 - Estación de Metro Baquedano. Santiago, noviembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

El planteamiento bélico sirvió de argumento para que el Gobierno reaccionara enf(d)urecidamente para intentar "controlar" la rebelión, encarcelando a manifestantes⁷, realizándoles desmedidas querrelas legales⁸, tratando de tipificar (para prohibir) nuevas figuras, como el enmascaramiento y las barricadas, intentando castigarlos, primero con una excesiva violencia policial y luego transformándolos en "**prisioneros**" y exigiendo para ellos altas y exageradas penas. "La guerra es un acto de fuerza, y no hay un límite para su aplicación", señala Clausewitz, y así reaccionaron muchos personeros de Gobierno. El intendente de Santiago, durante la

⁷ Cerca de 2500 personas permanecen en las cárceles chilenas arrestadas durante la rebelión/ protesta/ "estallido", arriesgando largas, duras "aleccionadoras" penas.

⁸ Por ejemplo, hoy se solicitan 20 años de cárcel -primero fueron 24- a un joven acusado de tirar bombas molotov durante las manifestaciones

rebelión, comenzó también a intentar su "táctica"⁹ de "copamiento efectivo" del sector que en el área de la rebautizada Plaza de la Dignidad, completamente "sitiada" por Carabineros, en Santiago, se denominó "Zona Cero" y por el cual, entonces, como en toda guerra, "se luchaba" diariamente. Durante la pandemia, se reprimió también a quienes se atrevieron a salir a la calle a manifestar el hecho simple, sencillo y terrible que resume un vocablo tan rotundo, incómodo y desesperado como "**hambre**". También cuando las comunas comenzaron a salir de la cuarentena, en plena pandemia, todo el tiempo se ha "**cuidado**" con contingentes policiales la Plaza de la Dignidad, intentando mantener el espacio solo con Carabineros y las estatuas y muros impolutos. Varias veces se ha "**detenido**" a manifestantes en la plaza, quienes han acusado que Carabineros, además de agredirlos físicamente, los han obligado a quitarse las mascarillas sanitarias, juntando a muchas personas en espacios muy pequeños, ya sea dentro de los furgones policiales como de las comisarías donde han sido trasladados. Dicha estrategia evidencia la jerarquía de los "**enemigos**" desde el punto de vista del poder de dominación y a quién se quiere realmente "cuidar" y a quién no. Y junto con esto, una (ni tan) soterrada estrategia del necropoder para castigar a este "enemigo", "deteniéndolo", convirtiéndolo en "prisionero", procesándolo, condenándolo y hasta poniendo en riesgo su salud, la posibilidad de que se contagie y propague el virus e, incluso, de que muera¹⁰.

Reparamos también en la palabra "**detenido**", vocablo con tantas connotaciones, engrama de tantos recuerdos. "Detenidos" por los militares durante la dictadura, muchos de los cuales fueron torturados, ejecutados y hechos desaparecer, agregándole el nefario apellido: "desaparecidos", alevosa herencia de aquella dictadura (y varios casos en nuestra extraña pseudo democracia), mochila vergonzosa e impresentable de tantos países de nuestro continente. Pero "**detenido**" también tiene que ver con el tiempo en suspensión, con la espera, difícil para la mayoría, acostumbrados a un ritmo rápido, donde esperar es más bien visto, generalmente, como una "pérdida de tiempo". Por otra parte, hacer esperar fue durante mucho rato privilegio de los poderosos, quienes hoy también deben ejercitar su capacidad de esperar. La pandemia nos obliga entonces a detenernos, a refugiarnos en nuestras casas. Y el encierro nos evoca otro miedo ya experimentado, cuando, durante el "toque de queda", los sonidos exteriores nos hacían temer por lo que ocurría y/o ocurriría. Un terror distinto, pero que se nos ha despertado en estos días, evidencia innegable de su presencia larvada, sibilina. El miedo como un continuo. El necropoder como un continuo. La amenaza a la vida, a nuestra vida. En el pasado. En el presente. También mañana.

Toda guerra es por un territorio, geográfico y/o metafórico. Durante la rebelión popular hubo algunos lugares "apropiados" por los manifestantes, como muchas plazas a lo largo del país, donde se realizaban demostraciones generalmente

⁹Según Clausewitz, "la táctica constituye la enseñanza del uso de las fuerzas armadas en los encuentros, y la estrategia, la del uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra, 2010, pp. 74-5)

¹⁰Dado el hacinamiento y las malas condiciones higiénicas, en los recintos carcelarios nacionales (al igual que en otros países) el Sars-Cov-2 se propagó mucho más que en el promedio de la población chilena, aunque la información no ha sido muy transparente. Ver: <https://www.elmostrador.cl/destacado/2020/06/26/la-realidad-de-las-carceles-en-pandemia-y-la-falta-de-informacion-publica>

espontáneas. Fue el caso, en Santiago, de la Plaza de la Dignidad, pero también de otras, como la Plaza Ñuñoa y ciertas calles donde, a través de distintos actos –cicletadas, conciertos, picnics, cabildos–, se reunía la gente para conversar, disfrutar, discutir, sentirse actores participativos de los tiempos que se vivían. La Plaza de la Dignidad, así como otras plazas en regiones, algunas rebautizadas con el mismo nombre, era y es un importante escenario (no necesariamente bélico, pero escenario al fin) durante la rebelión. Para significarlo, resignificarlo, manifestarse, protegerlo, apropiarlo, intentar “conquistarlo”, “coparlo” e, incluso, nombrarlo. “**Dignidad**” es otra palabra importante. Categórica, sublime, central en estas y otras “batallas”, en casi cualquier aspecto de la condición humana. Sin embargo, aquí la *communitas* de la esperanza, unida por la razón y la afectividad, actuó más rápida y eficazmente que el poder de dominación, por lo que nunca hubo duda de que dicho vocablo le perteneciera a quienes, desde el 18 de octubre, salieran a las calles de todas las ciudades del territorio nacional, con el lema de “hasta que la dignidad se haga costumbre”, entre tantos otros. Esta apropiación implicaba el mismo sustantivo aplicado a un determinado espacio, lugar practicado, en la concepción de Michel De Certeau, a través de distintos ejercicios mediante los cuales los manifestantes lo habitaban y convertían en propio. Entre ellos, volviéndolo a nombrar. Con un término único y noble, que incluye en sí el motivo de una rebelión: recuperar la posibilidad de una vida digna. (DE CERTEAU, 1996, p. 229)



Figura 6 - Estación de Metro Baquedano. Santiago, diciembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

Escenificación de la lucha por territorios tangibles, luego del 18 de octubre, eran los enfrentamientos de cada viernes entre efectivos policiales y manifestantes. Como en un juego, pero con perdigones y heridas reales, con gases tóxicos venenosos, con atropellos simbólicos, pero también físicos (varias personas han sido embestidas y arrolladas por carros policiales e, incluso, dos fueron arrojadas al río

Mapocho), los manifestantes volvían una y otra vez a habitar la plaza, colocando sus banderas, gritando sus consignas, obligando a Carabineros a retirarse de ese territorio "sitiado". Territorio cuya apropiación o "reconquista", así como su "rebautizo", eran símbolo de la recuperación de la "**dignidad**" para un pueblo cansado de tanta injusticia y abuso.

El simbolismo de la "**conquista**" de dicho territorio -"conquista": la acción de "ganar", mediante la guerra, un territorio, población, posición; pero, asimismo, la cosa que se conquista y el "logro" de un amor- es también palmario en otro hecho visto como excesivamente patético por muchos ojos¹¹. Cuando Piñera aprovecha la soledad de la Plaza de la Dignidad en plena pandemia, con Santiago en cuarentena, para retratarse en dicho lugar, posteando luego él mismo, orgulloso, su deprimente retrato en las redes sociales, evidencia la importancia del territorio y sus mensajes y simbolismos. A lo mismo "apuntaban" todos los esfuerzos realizados también durante la pandemia para, entre otros, borrar grafitis, mensajes, reabrir estaciones de metro, arreglar semáforos.

Si bien la rebelión que se vivía desde octubre quedó en un cierto estado de suspensión tras el inicio de la crisis sanitaria, volvimos a oír hablar de guerra, batallas, enemigo (o nunca dejamos de hacerlo): el territorio metafórico del lenguaje, la lucha también por su "conquista". Coincidió igualmente la medida de Piñera de decretar ahora "estado de catástrofe" y, con esta figura, también imponer "toque de queda". Esta vez, para protegernos supuestamente contra un enemigo que, además de "poderoso e implacable", era evidentemente invisible, aunque algo de eso también tuvo el "enemigo" primigenio. Esto hacía cuestionable la aplicación de ciertas herramientas -"estrategias" o "tácticas", en la lógica bélica- que tienen que ver más con la militarización, seguridad y defensa nacional que con la seguridad sanitaria y la salud pública. Se recurrió ahora a dichos vocablos para hablar del Sars-Cov-2, de la necesidad de detener su avance, de desarrollar estrategias, de librar distintas batallas. Pero, especialmente, buscando cambiar la ficcionalización de ambos bandos, uniendo de un lado al enemigo de la rebelión con su oponente, con las otras huestes, al entonces poder de dominación con el de resistencia, intentando cohesionarlos para enfrentar ahora todos juntos a este otro "enemigo" aún más poderoso que, según fuimos vivenciando, atacaba a todos por igual, pero era mucho más dañino y letal cuando llegaba a la población más vulnerable y vulnerada, por lo que esa "unión" que supuestamente nos equiparaba se revelaba aporética.

Se intentó continuar en la lógica bélica, sin reconocer el error de su primera aplicación, manipulándola porfiadamente para seguir utilizándola, remendando, eso sí, el error no reconocido de buscar separar y dividir a la población en "enemigos" (o de que el enemigo fuese el pueblo). Nuevamente, se buscaba a "otro" a quien culpar y enfrentar, pero esta vez para que todos nos uniéramos en su contra y no contra el Gobierno, los empresarios, los abusos. En abril de este año, Piñera señaló que "el coronavirus es un enemigo poderoso, cruel y que no respeta a nadie,

¹¹ "**Ojos**": otra palabra que adquirió una significativa carga durante la rebelión, lamentablemente, no solo como metáfora -del Chile que "despertó" y que no quiere dejar de ver-, tras el ataque dirigido contra los ojos de los manifestantes, quienes, a su vez, hablaban y realizaban actos para volver visible lo que, hasta ese momento, quiso mantenerse fuera de cualquier campo visual.

especialmente a los pacientes más riesgosos”¹². Una y otra vez se habló de la necesidad de enfrentar unidos a este enemigo común, lo que llevaba implícito, nuevamente, olvidar lo pasado, en especial las acciones de la rebelión, para enfrentar de mejor manera -supuestamente unidos- este nuevo y azaroso enemigo, como estrategia de triunfo para la primera de las “guerras” ya mencionadas. “La guerra es el territorio del azar”, sostiene Clausewitz.

Tras la toma de conciencia de la magnitud de la pandemia, con un alza inminente en la curva de contagios, camas ocupadas, falta de ventiladores, Mañalich, sostuvo que “se ha declarado una especie de guerra por ventiladores mecánicos”. En otra declaración agregó “de grandes potencias”. Al día siguiente también afirmó que “estamos en una guerra por los recursos de salud”, dada la falta de ventiladores a nivel mundial. En mayo, cuando se vio que las “estrategias” del Gobierno no estaban dando resultados en cuanto a aplanar la curva de contagios por el virus, especialmente en Santiago, el Ministro de Salud hablaría de “la batalla de Santiago”¹³ y afirmaría que “si no damos en serio con toda la energía la ‘batalla de Santiago’, la guerra del COVID se va a perder”, insistiendo en la unión y que, por lo menos en el discurso oral, se respeten las medidas de cuarentena (NEIRA, 2020).

En su constante lógica y retórica bélica, Piñera, que en tiempos de la rebelión popular alcanzó una aprobación del 4,6%¹⁴, cual tirano solitario, narcisista y patético, realizaría el mencionado acto en la Plaza de la Dignidad, para escenificar su dudosa victoria. Porque, si como señala Clausewitz, “la guerra constituye un acto de fuerza que se lleva a cabo para obligar al adversario a acatar nuestra voluntad”, el supuesto triunfo de la primera etapa de su autodenominada “guerra” o de la primera de las dos últimas “guerras” que ha declarado el propio Piñera, la marcó el miedo a la pandemia que hizo que el pueblo -“el enemigo”- se retirara -“replegara”- de la calle. En especial, en Santiago, del área que rodea a la renombrada plaza. Ese tiempo lo aprovechó Piñera para fotografiarse en una Plaza de la Dignidad sin gente, aunque con grafitis en su contra.

Todo, creyendo o queriendo creer, en la dimensión y metaforización bélica, ilusa e irracionalmente, que se ha “desarmado al enemigo”, haciendo caso omiso a lo más obvio, que el supuesto “enemigo” se estaba cuidando de los peligros de la pandemia, para continuar rebelándose contra lo mismo que se rebeló desde octubre y que esta emergencia sociosanitaria solo hizo aún más evidente. Por ejemplo, fue patente cuando el virus se diseminó por los barrios más pobres, donde la

¹² La caracterización del virus como “enemigo” no es tan novedosa, algo similar ha ocurrido con otras “peste” en la historia de la humanidad. Así, en *Diario del año de la peste*, de 1722, Daniel Defoe, en boca de su personaje John, ante una discusión con habitantes de un pueblo que, por temor a la enfermedad, intentan evitar el ingreso de cualquier “extranjero”, conminándolo, a él y sus acompañantes, a volver a Londres, dice: “lo que nos impide hacerlo es un enemigo aún más poderoso que vosotros...” (DEFOE, 2010, p. 186).

¹³ Otra poco afortunada elección de palabras, pues la noche del 2 de abril de 1957, en el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, durante una ola de protestas nacionales de estudiantes secundarios y universitarios por las alzas a las tarifas del transporte público, el jefe de la Guarnición de Santiago leyó por cadena nacional de radios un “parte de guerra” de lo que calificó como “batalla de Santiago”. Allí se informaba de las “bajas” y heridos del “enemigo”, hecho que el historiador Iván Ljubetic califica como una de las 55 masacres perpretadas en el siglo XX. (Ver http://puntofinal.cl/564/batallasantiago.htm?fbclid=IwAR3jonRRPrIAGg8xIcetZN3FpGFpnm08gUx1PL5SRvCFv_UXxo-1LAlbuM0),

¹⁴ A principios de diciembre de 2019, según Encuesta Pulso Ciudadano, en: <https://www.biobiochile.cl/noticias/nacional/chile/2019/12/02/aprobacion-de-pinera-cae-a-minimos-historicos-solo-46-valora-su-gestion-segun-pulso-ciudadano.shtml>

población vive hacinada y en condiciones donde es mucho más difícil mantener distancias, medidas higiénicas básicas y cuarentena, entre otros motivos, porque la mayoría trabaja y vive “al día”, sin ahorros ni empleos estables. Allí la verdadera “guerra” o, por lo menos, disyuntiva vital, consistía para muchos entre elegir si morir de hambre o morir o arriesgarse a morir contagiado por el Sars-Cov-2, con un sistema de salud deficiente. Byung-Chul Han, en una entrevista de Agencia EFE, hizo un pronóstico para la postpandemia, recurriendo a la metáfora bélica: “Sobrevivir se convertirá en algo absoluto, como si estuviéramos en un estado de guerra permanente” (HAN, 2020).

Aunque la mayoría de los grandes medios de información nacionales y el propio Gobierno hicieran referencia una y otra vez a sus “estrategias de defensa”, a la compra de ventiladores mecánicos, al arriendo de distintos lugares como lazaretos (o el eufemismo más contemporáneo de “residencia sanitaria”), cuarentenas cambiantes y, en un principio, por comunas, pronto se vio que si bien este “enemigo” podía infectar a cualquiera, igual que siempre en este país (y muchos otros), era muy distinta su evolución según el nivel socioeconómico, las condiciones en que cada uno vive o puede vivir, el acceso inequívoco a la salud, a los exámenes, la posibilidad de realizar efectivamente las cuarentenas o mantener el “distanciamiento”, de contar, incluso, con agua potable, entre otros¹⁵. Así, la propia crisis mostraba, develaba, constataba, afirmaba, rubricaba, recalcaba, iluminaba, amplificaba las tremendas injusticias que desde octubre clamaba en las calles el pueblo de Chile.

Las oportunidades de intentar olvidar todo ello para enfrentar juntos a un enemigo común se revelaban evidentemente como una aporía y una turbia estrategia para continuar gobernando o, a lo menos, “controlando”, ganando así, aprovechando o encauzando el factor del azar, la primera de estas “guerras”. Todo, sin manifestaciones, sublevaciones, echando mano a un tremendo y justificado temor en la población por el contagio, por la enfermedad, por la muerte. Es más, se sospechaba y sospecha de “estrategias” que, para afectar lo menos posible las ganancias de empleadores y empresarios estaban dispuestas a sacrificar, de alguna manera, las vidas de algunos, las que, como señala Butler, tienen un valor desigual (2006, p. 49), en aras de la economía y del mismo sistema ya naturalizado, aunque diagnosticado “enfermo” por el pueblo en las calles. Desde el Gobierno se fomentaron distintas medidas que posibilitaron que los trabajadores echaran mano a sus propios “fondos” para sobrevivir. Las políticas de Estado, por sus acciones y omisiones, cerrando de alguna manera los ojos -nuevamente los ojos- a la realidad, en lo que Mbembe denomina una “máquina de guerra” (MBEMBE, 2006, p. 59), donde, al decir del manifiesto futurista de 1909, se concibe a “la guerra como higiene del mundo” (cit. en VIRILIO, 2001, p. 49).

¹⁵ Según el artículo de Nicolás Sepúlveda y Benjamín Miranda, publicado por Ciper Chile, “”, en <https://ciperchile.cl/2020/06/21/coronavirus-tasa-de-mortalidad-de-los-hospitales-publicos-metropolitanos-duplica-la-de-las-clinicas/>, la tasa de mortalidad por Sars-Cov-2 en los hospitales públicos es el doble de aquella en las clínicas privadas. El mismo texto cita un estudio publicado en la revista *The Lancet* que determinó que Santiago es la ciudad con mayores brechas de esperanza de vida entre personas según la comuna en la que residen, de entre seis grandes urbes latinoamericanas. Una mujer que nace en una comuna del sector nororiente con residentes de altos ingresos, puede vivir hasta 17,7 años más que una mujer nacida en una comuna del sector poniente. En el caso de los hombres, la diferencia puede ser de hasta 9 años.

Las muertes en la pandemia, la forma fría de informarlas, la insistencia en culpabilizar a los habitantes de su suerte, la reiteración de datos que enfatizaba que los fallecidos tenían otras enfermedades de base o una edad avanzada, justificando, de alguna manera, "las formas contemporáneas de sumisión de la vida al poder de la muerte" (MBEMBE, 2006, pp. 74-75), buscaban a través de acciones e inacciones una normalización e incluso manipulación. Esto, por medio de confusas y cambiantes fórmulas para calcular las cifras, de culpar a la población por la multiplicación de los contagios, de justificar o normalizar de alguna manera ciertas muertes, de lo que el mismo autor denomina "mundos de muerte", manipulando y ocultando cifras, pero también palabras. El lenguaje como un virus. Por ejemplo, las cifras de "recuperados", que cada día se enumeraban junto con los datos de muertos y contagiados e incluía, según se develó y justificó incluso con el tiempo, a quienes habían fallecido, parecían apuntar a esto, minimizar y naturalizar las muertes por Sars-Cov-2. Una "estrategia" que buscó que la gente se contagiara, apostando, primero, a la controversial "inmunidad de rebaño", es decir, que quienes se infectaran quedarían luego inmunes para poder seguir siendo funcionales, si sobrevivían, en el ciclo de producción, trabajo, consumo y solo "tratar" a los enfermos una vez contagiados (y graves) en lugar de cuidar sus vidas y evitar el contagio. El horror entonces de un "necropoder" que, si bien indirectamente (y no tanto) culpabiliza a otros (un virus, la ciudadanía) por no lograr autocuidarse, es reflejo de un Estado que no protege a las vidas más vulnerables, sacrificándolas cuando tienen problemas para seguir respirando.

"Respiración": palabra en la cual probablemente hemos tomado especial conciencia en el último tiempo. En la rebelión popular, se atacó a los manifestantes -y se sigue haciendo- con gases tóxicos que afecta(ba)n la capacidad de respirar. Los vecinos de algunos barrios aledaños a la Plaza de la Dignidad se quejaron frecuentemente e incluso colocaron carteles en sus casas y calles exigiendo su derecho a respirar.



Figura 7 - Barrio Lastarria. Santiago, noviembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

Hoy sabemos que algunos carabineros practicaron maniobras de asfixia en quienes se atrevieron, pese a la pandemia, a manifestarse, asustando y amenazando soterradamente con la posibilidad de la muerte. El Sars-Cov-2, por su parte, afecta muchas veces la capacidad de respirar. En estas "guerras" entonces, la **respiración** es parte importante de tácticas y estrategias, así como la evidencia más rotunda de la vida. Llevar a ella nuestra atención nos ha obligado a desnaturalizar un verbo y una práctica: otro verbo, otra práctica. Desnaturalizar también entonces la evidencia y acostumbramiento irreflexivo de/ a la vida.

Esto, junto con indiscutibles manipulaciones. Así como durante la rebelión se habló de anarquistas y extranjeros, ahora se realizaban menos exámenes, por ejemplo, para disminuir las cifras o se cambiaba de parámetros según el resultado que se quisiera obtener. Así, en ambas "guerras", el **engaño** era un elemento esencial. Como señala Sun Tzu, "todo el arte de la guerra se basa en el engaño" (TZU, 2020, p. 18).

Más allá de esta palabra, su uso y referente nos conduce al tema de la ficción, al cual habíamos aludido todo el tiempo, pues ha sido necesario ficcionalizar los guiones de las distintas "guerras", las "tácticas", las "batallas", las "armas", los "enemigos" para que este lenguaje justifique, explique, crea, haga. De la mano con ello, va la teatralización. No porque necesariamente algo no sea verdad, sino porque podemos pensar quizás en los elementos que dichos contextos/ realidades/ planteamientos comparten con el teatro y verlos desde este punto de vista. El citado Clausewitz, ya en 1832, habló del "teatro de la guerra" (CLAUSEWITZ, 2010, p. 59). En el fondo, como lo notó y enfatizó Mbembe, existe una teatralización al momento de plantear y construir estos "escenarios" bélicos. Tomando también las ideas de Mbembe, Ileana Diéguez, acuña el concepto de "necroteatro", para referirse a las teatralidades de la muerte, "escenificaciones que exponen las muertes violentas como acontecimientos de representación y producción de envíos de un *necropoder*" (DIÉGUEZ, 2016, p. 138). Si bien desarrolla dicho concepto para nombrar las tremendamente macabras y nefarias acciones de violencia ocurridas en México que buscan intencionalmente entregar mensajes a través de su "escenificación", es posible aplicarlo tanto en los actos del poder de dominación durante la rebelión (el ataque a los ojos, símbolo de un sinnúmero de mutilaciones y embates violentos mortales o casi mortales contra los manifestantes) como en la pandemia. En esta última, los mensajes se entregan de manera más soterrada y ambigua, especialmente por lo no dicho, lo no visto, lo que no se muestra. Por lo mismo, descolocan y asustan. Por la ausencia de imágenes (o vacíos en ellas), fruto del mismo miedo que ha llevado al encierro, y por la ambigüedad.

Como vimos, ambas "guerras" tienen otros protagonistas y antagonistas. Para el Gobierno, en la rebelión: la sociedad "civilizada" contra los vándalos/ anarquistas que promueven la destrucción y el caos; para los manifestantes: el pueblo contra el poder económico y político oligárquico, el que actúa también reprimiendo a través de sus "brazos armados": policía y militares. En la pandemia, el Gobierno intenta introducir, en el discurso, la idea de una "guerra" que sea de "todo Chile contra el Coronavirus", donde militares y policías rápidamente cambiarían de pa-

pel, a proteger y supuestamente cuidar a toda la población. Claramente, como en todo lo humano, también en las guerras (verdaderas, no solo metafóricas), hay una importante disociación entre los mensajes y discursos dados a través de medios de comunicación, rumores, declaraciones de personeros institucionales, entre otros, y aquellos que se entregan a través de acciones concretas. “Si usted quiere saber lo que los hombres y mujeres realmente creen no mire lo que dicen, mire lo que hacen”, señala Terry Eagleton que decía Karl Max (cit. en CAPARRÓS, 2014, p. 428). En la práctica, no todo Chile se amolda tan rápidamente al cambio de “enemigo”, al “reordenamiento de fuerzas”. Muchos se vuelven incluso más conscientes de que, en lugar de incorporarlos a determinada fuerza, al igual que en la revuelta, no todos cuentan con el mismo “armamento”, por lo cual continúan rebelándose. Cada cierto tiempo, por ejemplo, a raíz de las protestas señaladas durante la pandemia, parece quedar en evidencia que la “guerra” anterior no solo no ha finalizado sino que, desde el poder de dominación, o la mentalidad gubernamental, las mismas personas siguen siendo los “enemigos”. Los mismos militares y policías en las calles, controlando “el orden”, el mismo “toque de queda”, la misma criminalización de la protesta, los mismo políticos y el mismo Gobierno, todos sin muestras de entender ni querer cambiar nada; el mismo ataque a los luchadores sociales, la misma lógica de “querellas”, procesos y condenas contra quienes intentan expresar incluso sus carencias, resumidas en quizás la más desesperada de todas las palabras: “**hambre**”.

Rotunda. Porque, como señala Caparrós “el hambre no es opinable. El hambre es la expresión más indiscutible de la pobreza, el punto en que cualquier debate se detiene...” (CAPARRÓS, 2014, p. 508). Su grito espanta al Gobierno y sus adalides por su misma rotundez y porque, basta revisar un poco la historia, para confirmar que este ha sido el móvil de muchos levantamientos civiles, de tantas revoluciones. El hambre es expresión evidente de la **miseria**, “esa condición en la que, cuando algo -cualquier cosa- falla, todo se derrumba. El equilibrio tan precario” (CAPARRÓS, 2014, p. 468). En dicho estado de cosas, resulta sarcástico atribuir las altas cifras de contagios y muertes a las irresponsabilidades de una población que, en gran parte, no tiene ni siquiera lo más básico para hacer una cuarentena ni para sobrevivir un solo día en cualquier contexto. Aunque prácticamente se carezca de imágenes (no solo filas en hospitales, luctuosas ceremonias fúnebres y sitios públicos desolados, también, por ejemplo, del desamparo, del hambre, del miedo), la ausencia de otras imágenes es, sobretodo y en este caso, la representación de dicho necroteatro, dominado por un miedo inmenso y paralizante, muy difícil de mostrar iconográficamente y, por lo mismo, imaginado y vuelto a imaginar de una y mil formas por quienes carecemos de referentes visuales concretos¹⁶. El efecto o envío, en este caso, del necropoder fue y es por vías más sutiles, el boca en boca en que oí(a)mos de enfermos y muertos cercanos, las sirenas ululando incesantemente, despertando, asimismo, nuestra asustada y macabra imaginación y, en muchos

¹⁶ El efecto contrario, ciertamente, es también posible. Así, dos mujeres aparecieron filmadas en un video que se propagó por las redes sociales. Se negaban a utilizar mascarillas, según explicó una de ellas porque “todo es mentira, no he visto muertos”. En <https://www.eldesconcerto.cl/2020/09/24/video-mujer-niega-mascarillas-no-he-visto-muertos/>

casos, la experiencia personal o de alguien cercano que nos obligó a salir a la calle, a intentar conseguir un cupo (o luego información) en un hospital, a asistir a un extremadamente lúgubre, despoblado y temeroso funeral, a arriesgarnos y asustarnos por un posible contagio, a desconocer nuestras propias reacciones ante el esparcimiento de un miedo tan inasible y excesivo.

Existía también la sospecha generalizada de que las medidas de desconfinamiento se relacionaban con una estrategia para aplazar o suspender el plebiscito del 25 de octubre (para decidir si cambiar o no la Constitución de 1980, vigente en Chile desde la dictadura), logrado en una "negociación" tras la rebelión de octubre. Quedaba en evidencia la percepción y conciencia de la población en este necropoder, tan asociado a la mencionada palabra "engaño", arma marcial por excelencia. Se creía que el Gobierno y algunos políticos eran capaces de recurrir a una estrategia de contagio, enfermedad y muerte para lograr sus fines políticos, así como se sospecha que la ambigüedad de los mensajes y políticas actuales corresponden a fines económicos. Más allá de las intenciones, las frecuentes sospechas indican una conciencia palmaria en su factibilidad y la constante y profunda desconfianza de la ciudadanía ante las prioridades y palabras de sus gobernantes.

Otras palabras-"armas" /á(r)mate

Como en todo "escenario de guerra", los cuerpos son fundamentales. Los cuerpos vivos, activos, desafiantes junto con los cuerpos "detenidos", "hechos prisioneros", enfermos, inertes. La rebelión convocó a quienes acudieron con sus cuerpos enojados, provocadores, cansados de su constante maltrato, de la falta de oportunidades, de la desigualdad, de la injusticia al espacio público, energizados por lo que el subcomandante Marcos denominara "la digna rabia". El mismo espacio que, tras algunos meses y por la pandemia mundial del Sars-Cov-2, debieron dejar para confinarse en sus casas. No obstante, el 18 de mayo, a 7 meses del 18 de octubre y con Santiago en cuarentena, la rabia y necesidades insatisfechas impulsaron a muchos pobladores a salir a la calle para protestar. El hambre y la desesperación desatada por este fueron mayores que el miedo a la pandemia. Primero fue en la comuna de El Bosque y pronto se sumaron Villa Francia y La Pintana.

Esa misma noche, el colectivo artístico Delight Lab proyectó sobre una de las murallas laterales del alto e icónico edificio de la compañía Telefónica, en la Plaza de la Dignidad, de abajo para arriba¹⁷, la triste, fuerte, espantosa palabra "hambre" (más que la palabra, su referente, ambos imbricados, compenetrados, duros, horrorosos, rudos, temibles, insalvables, indesmentibles), la misma que era vociferada por los manifestantes de El Bosque y móvil evidente de varios saqueos esa noche a algunos supermercados.

¹⁷ Lo cual contiene un mensaje importante, pues es la misma dirección en la que viaja la información desde una población económicamente pobre del extrarradio de Santiago hasta personas claramente alejadas no solo de manera física, sino también en conocimiento y empatía, lo que pudo percibirse por los comentarios de muchos, acusando un "montaje" planificado por distintos partidos políticos con "actores" que no eran el prototipo que ellos asumían que tendría una persona que clamara dicha palabra, ignorantes incluso de que la mala nutrición no necesariamente se visualiza en cuerpos extremadamente delgados.

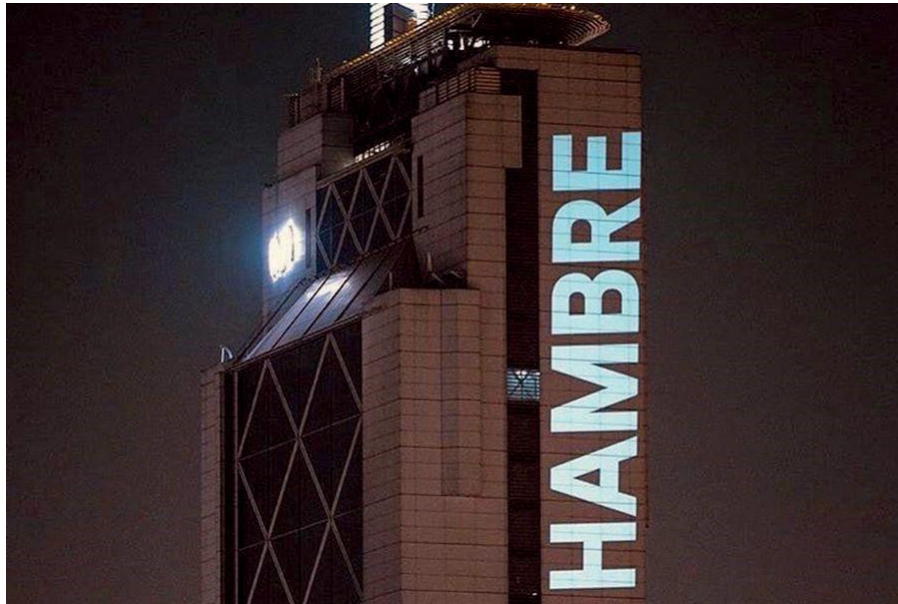


Figura 8 - Edificio Telefónica. Santiago, 18 de mayo 2020. (Crédito: Diario La Tercera)

Muchos representantes de la derecha chilena, quizás la voz más divulgada fue la del diputado de Renovación Nacional, Diego Schalper, unieron esa protesta con la instalación lumínica, acusando una organización evidente en la “escenificación” de ambos acontecimientos, orquestados, según él (y otros) por “la izquierda” para atacar al Gobierno, calificando de “miserables” a quienes los idearon y participaron en ellos, desconociendo aparentemente que “misericordia” y “hambre” van inexorable y tristemente de la mano. Esa misma palabra, “**miserable**,” ya estaba siendo disputada -especialmente a través de Twitter,- entre representantes de distintos sectores desde hacía algunos días para hablar de las estrategias del Gobierno frente a la pandemia, unos, y de las críticas a estas, los otros. Todos, apresurados en “ganar” también una cada vez más evidente “batalla” retórica, luego de que a algunos les pesara haber llegado atrasados, por ejemplo, cuando el bello vocablo “dignidad” ya había sido apropiado por el pueblo chileno.

Pronto vendrían violentas amenazas a Delight Lab, que hicieron públicas a través de las redes sociales, en especial tras aquella del propio senador Schalper de querrellarse contra ellos e, incluso, nuevas proyecciones de nuevas palabras. Tras la proyección, al día siguiente, de la palabra “solidaridad” y luego “humanidad”, apareció en la calle un camión protegido por Carabineros con potentes focos dirigidos a evitar estas y otras posibles proyecciones de palabras¹⁸. El miedo a las palabras. Su “batalla”. Pronto conocimos por redes sociales una proyección en el mismo sitio pero con letras oscuras sobre la luz, de la palabra “censura”¹⁹, quedando aún más patente entonces, recurriendo también al léxico bélico, una “guerra” que

¹⁸ De la misma forma, con las luces de un carro de Carabineros intentaron “borrar” el mensaje circular, alrededor de la estatua al General Baquedano en el centro de la plaza proyectado el 24 de septiembre de 2020, con la frase: “Destruir en nuestro corazón la lógica del sistema” y, al centro, con luces azules, la llamada Estrella de Arauco (Guñelvo), símbolo tradicional mapuche. Todo, en el marco de la Semana de las Artes Visuales Barrio Arte, actividad apoyada por el Ministerio de las Culturas.

¹⁹ Se dice que producto de un montaje fotográfico, a lo que se recurrió también, en las redes sociales, para colocar otros mensajes en esa y otras fachadas.

es también y en un lugar muy importante, de palabras²⁰. Guerra cuyas distintas posiciones pueden resumirse en un cartel, firmado por el colectivo Les comunes, adosado luego del 18 de octubre en algunos muros de la calle Providencia, que decía: “á(r)mate”. La defensa frente a la necropolítica (parte de la “guerra” de algunos) entonces, a través del cuidado, de los afectos, de la comunidad y lo comunitario. De ahí también las siguientes palabras proyectadas: “solidaridad”, “humanidad”.

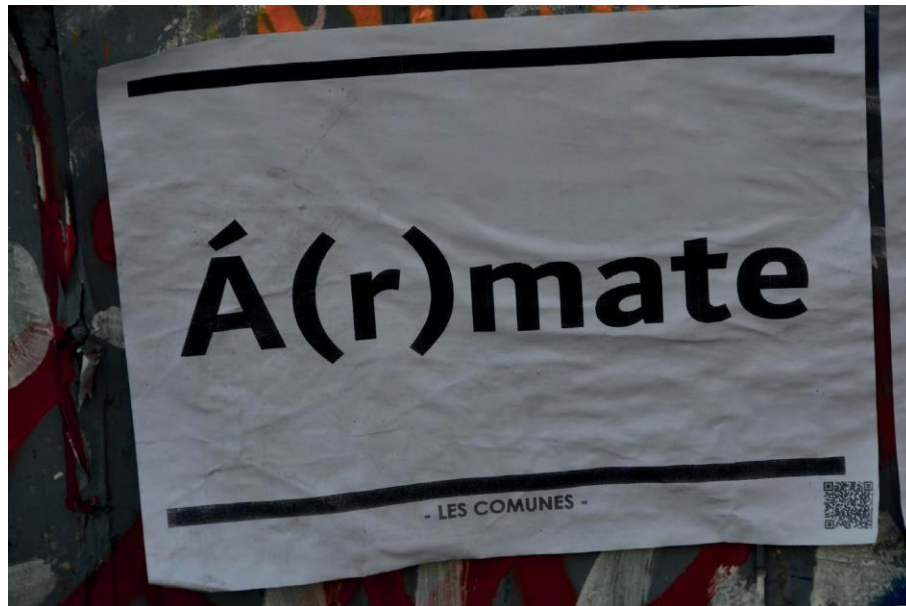


Figura 9 - Muro de Av. Providencia. Santiago, noviembre 2019. (Crédito: Yael Zaliasnik)

Quedaba de manifiesto también el miedo desatado por ciertas palabras e imágenes que, al igual que aquellos grafitis que surgieron tras la rebelión, fueron borradas, mostrando un gran temor y conciencia en el lenguaje y su performatividad. Y este mensaje que, si bien no queda marcado en el espacio público, aunque sí en el imaginario, en tiempos de pandemia y toque de queda, con pocas personas y protestas evidentes en la calle, se torna más potente, pues propulsa la imaginación y creación de otros espacios y métodos de protesta en épocas de confinamiento (para que nadie vuelva a “leer” la soledad y el silencio engañosos de tiempos de pandemia como victorias marciales). Se evoca así nuevamente una política de censura importante, que nos conecta con lo vivido en dictadura.

En carta a un periódico de circulación nacional, Felipe Cussen hizo público un reclamo por Ley de Transparencia a la Intendencia Metropolitana. Allí preguntaba por el involucramiento y responsabilidad de esta en dicha acción de censura. En su último punto, cuestionaba “si la Intendencia Metropolitana considera que ‘humanidad’ es una palabra censurable y por qué,” recurriendo al sarcasmo para un fondo irracional que trasciende estos acontecimientos. A través de ellos -la proyec-

²⁰ El lunes 24 de mayo, según consigna TheTimes.cl (<https://thetimes.cl/internacional/en-chile-se-censura-iluminan-torre-eiffel-tras-bloqueo-a-palabra-hambre-en-santiago.shtml?fbclid=IwAR3-i9BvMJf0ljoUTOe8Xtn87sJa1hW78i-cGj6tAexyHiYqRS4Ngz3m8L2c>), la Torre Eiffel de París se iluminó con varios mensajes relativos al episodio ocurrido con Delight Lab y el bloqueo a sus proyecciones en la torre Telefónica de Santiago. Organizado por la organización Solidarité Chili France, en el ícono francés se proyectaron también las palabras “hambre” y “no + censura”.

ción, las reacciones, la censura- quedan en evidencia las maneras creativas y alternativas para eludir el silencio (y su símil con la época dictatorial), pero, igualmente, la performatividad propia del lenguaje y la conciencia y temor que ello provoca. En el caso de la palabra "hambre", esta claramente despierta y moviliza una serie de pensamientos y sensaciones; una palabra que asusta a un Gobierno y sus seguidores, quienes, por lo mismo, intentan que no se oiga ni difunda.

No en vano, muchos, sino todos, los levantamientos y revoluciones han surgido de una población con hambre. Primero y evidentemente, el hambre real y tangible, pero también la carencia de muchos otros nutrientes, deseos, sueños. Más que la palabra, su duro referente, una realidad que muchos insisten en no querer ver y que, en diferentes épocas, incluso se la ha señalado como "peste". La **peste** también como metáfora²¹. Por lo mismo, proyectarla en el espacio público, aunque de manera efímera, en la fachada de un edificio en un lugar simbólico del "despertar de Chile", como se conoce también al movimiento iniciado en octubre de 2019, movió algo de lo que se pretendía congelado con la pandemia. Se desataban así acciones y reacciones, en otra "batalla" de esta "guerra". Se fagocitaba y evidenciaba, con la fuerza performativa de algunas palabras, comenzando por "hambre", la realidad inicial de una sociedad indignada y frustrada, cuyas diferencias y reclamos quedaron aún más patentes tras la crisis sociosanitaria.

Como hoy se ocultan cifras, se disputan palabras, se generan "guerras" de distintos calibres y tipos. Lo que para algunos es motivo de risas, para otros es reflejo de la seriedad e importancia de la disputa semántica y política que, claro, van de la mano. Así, en la "batalla" entre el "apruebo" y el "rechazo" a una nueva Constitución, en plena pandemia, la campaña del "rechazo", encabezada por muchos dirigentes de derecha, quiso recurrir a la frase y nombre de una canción de Víctor Jara: "El derecho de vivir en paz", tema que ha sido lema e incentivo de muchos ideales, movimientos, manifestaciones. Fue una constante, por ejemplo, en marchas y manifestaciones para la rebelión de octubre. Ahora se buscaba descontextualizarla y vaciarla de su sentido original, intentando resignificar y apropiarse, para empezar, de aquel vocablo disputado y central ya desde la rebelión: "**paz**". De hecho, se buscó "Un acuerdo por la Paz", se colocaron telas blancas en la Plaza de la Dignidad, se intentó divulgar una canción realizada para la ocasión que hablaba de la "paz". Se quiso y quiere entender, eso sí, la "paz" como la ausencia de cualquier conflicto. No porque estos no existan sino por negarse a verlos, percibirlos, profundizar en ellos, discutirlos, elaborarlos (a lo que quisieron creer que colaboró la pandemia). De hecho, dicho tema fue creado por Jara para protestar contra la intervención estadounidense en Vietnam, intromisión que Estados Unidos replicaría en Chile para apoyar el golpe de Estado de 1973, que trajo consigo la persecución, tortura, asesinato y "desaparición" de miles de chilenos. Entre ellos, el propio Jara. Muchos de quienes luego llamaron a votar "rechazo" apoyaron dichas acciones para después

²¹ El hambre extendido en algunas épocas y espacios ha sido catalogado como tal, por ejemplo, por los ucranianos, que denominaron Holodomor -la peste del hambre- a lo vivido en su país luego de que Stalin declarara la colectivización de la tierra en 1929, que los kulaks (campesinos proletarios) eran enemigos de clase y debían desaparecer y que, en 1932, Moscú dispusiera que los campos debían entregar cuotas de grano, lo que dejó a la mayoría sin nada que comer, muriendo de hambre, en la primavera de ese año, 25.000 personas (CAPARRÓS, 2014, p. 211).

no querer hablar ni reparar en ellas en nombre de la “paz”.

La palabra “conclusión” también puede parecer demasiado categórica

Así como la borradura de grafitis, la trayectoria del uso y percepción de los pañuelos/ mascarillas/ tapabocas, desde la rebelión a la pandemia, especialmente por parte del poder de dominación, ilustra de alguna manera una conciencia creciente en la posible performatividad del lenguaje. En la primera de las “guerras” proclamadas por Piñera primaba la posibilidad de este objeto de tapar el rostro, de esconder la identidad. Para la segunda, fue más importante evitar el alcance del estornudo. Sin embargo, cubrir la boca implicaba también la represión de la voz y las palabras que, así, eran mucho más difíciles de oír y comunicar. Un cartel durante la rebelión popular señalaba: “solo los besos nos tapan la boca”. Nuevamente los afectos contra las violencia y el sinsentido de esta “guerra” autoproclamada por el Gobierno. No obstante, dichas estrategias no bastaron para lograr una verdadera “paz”. Solo una más cercana a la idea ya explicitada de evadir los conflictos, obstruyendo los distintos sentidos y, con ellos, las memorias. Esto quedó en evidencia cuando los pobladores salieron igualmente a protestar a las calles. A la misma idea recurrió una convocatoria a un cacerolazo -la forma más común de protestar durante la pandemia-, que señalaba: “la mascarilla no es bozal frente al hambre y la miseria”. Dicha noción, la mascarilla como un implemento sanitario, pero nunca un “bozal” (una especie de “ortopedia” que “corrija” la temida y amplificada “voz”) fue muy repetida en distintas convocatorias a través de las redes sociales. Porque si bien se transformó la mirada y percepción del poder de dominación ante dicho objeto, se le vio un cierto provecho si hacemos el vínculo con aquello que busca el bozal. No obstante, pronto entendimos que las mascarillas eran para cuidarnos y cuidar al prójimo. Nuevamente en el centro, donde debió estar siempre, la palabra “**cuidado**”. No se trataba, eso sí, de la gestión individual del cuidado a la que comúnmente recurren las autoridades para exculpar al Gobierno del manejo de la pandemia ni tenía relación con quedarnos callados, dejar de expresarnos, defendernos, reclamar, gritar. Podemos manifestarnos con sonidos, golpeando cacerolas; con palabras, exhibiendo mensajes en instalaciones lumínicas, en las redes sociales, en puentes y muros. Incluso con mascarilla podemos expresarnos, gritar, protestar, poner en escena nuestros variados actos de habla, que no solo pretenden reclamar, chillar, sacar la voz, sino, además y de esta manera, hacer.

Como lo expusiera Austin, una teoría de la comunicación que toma el ámbito del lenguaje común o “lenguaje ordinario” puede también iluminarnos sobre la construcción de significación en y a través de nuestros actos de habla, los que no solo tienen una relación a nivel simbólico con nuestras acciones sino que las constituyen. Su análisis puede ser útil para develar distintas racionalidades que se ponen en juego dialógicamente en diversos contextos históricos. Así, el lenguaje marcial de la guerra y los enemigos, la búsqueda de culpabilidades, la lógica represiva y sus repercusiones en los distintos “escenarios” nacionales (y globales) dejan en evidencia que “las palabras hacen cosas”. ¿Qué hacen? ¿Qué provocan? ¿Qué racionalidades ponen en juego? Si bien en cada contexto su uso varía,

como queda claro del análisis del uso del lenguaje bélico en ambas situaciones, la construcción de “guerras” y “enemigos” va aparejada de profundas “trincheras” metafóricas que buscan aislar, demonizar e incluso eliminar a los “otros”, en lugar de escucharlos, culpándolos de su propia inoperancia. En una guerra, todas las leyes sociales se suprimen y cualquier cosa es posible en su nombre, mantener el control por la fuerza, atacar, violentar, matar. Se intenta, asimismo, apelar e incentivar el miedo de la población para lograr, a través de la necropolítica, un férreo control de la comunidad y así, tanto en tiempos de rebelión como de pandemia, lograr que todo siga igual (que haya “paz”, en su acepción más controvertida, sosa y aséptica). No obstante, esto va generando en el poder de la resistencia un sentimiento de unión y comunidad frente a lo/s que para muchos es (son) el verdadero enemigo “poderoso”, “implacable”, “que no respeta a nada ni nadie” y “dispuesto a usar la violencia sin ningún límite”. Violencia frecuentemente ejercida también por medio de las palabras. Declarar la guerra, inventar un enemigo, copar la plaza, bautizarla, prohibir distintas acciones, son todos verbos que crean realidades, lo mismo que ocurre con la elección y disputa intencionada de determinados vocablos, lo que lleva a Mario Benedetti a pedir/ sugerir/ exigir en su poema “Las palabras”:

*(...) No me gaste las palabras
No cambie el significado
Mire que lo que yo quiero
Lo tengo bastante claro*

*Si habla de paz pero tiene
Costumbre de torturar
Mire que hay para ese vicio
Una cura radical (...)*

Referencias

AUSTIN, John Langshaw. **Cómo hacer cosas con palabras**. Trad. Genaro Carrió y Eduardo Rabossi. Ciudad de México: Paidós, 2018. 219 p. ISBN: 978-607-747-578-1

BHABHA, Homi. **El lugar de la cultura**. Trad. César Aira. Buenos Aires: Manantial, 2007. 308 p. ISBN: 978-987-500-074-2

BUTLER, Judith. **Vida precaria: el poder, el duelo y la violencia**. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2006. 151 p. ISBN: 950-12-6557-9

CAPARRÓS, Martín. **El hambre**. Buenos Aires: Planeta, 2014. 610 p. ISBN: 978-950-49-4053-1

CLAUSEWITZ, Karl von. **De la guerra**. Disponible en <<https://www.biblioteca.org.ar/libros/153741.pdf>>

DE CERTEAU, Michel. **La invención de lo cotidiano 1**. Artes de hacer. Trad. De Alejandro Pescador. México: Universidad Iberoamericana, 1996. 229 p. ISBN: 968-859-253-6

DEFOE, Daniel. **Diario del año de la peste**. Trad. Pablo Grossmichd. Valencia: Impedimenta, 2010. 322 p. ISBN: 978-84-937601-8-2

DIÉGUEZ, Ileana. **Cuerpos sin duelo**. Monterrey: Universidad Autónoma de Nueva León, 2016. 437 p. ISBN 978-607-27-0518-0

"General Iturriaga: 'Soy un hombre feliz, no estoy en guerra con nadie'", CNN-Chile.com. 21/10/2019. Disponible en: <https://www.cnnchile.com/pais/general-iturriaga-soy-un-hombre-feliz-no-estoy-en-guerra-con-nadie_20191021/>. Acceso 23 de agosto, 2019.

HAN, Byung-Chul. **"Viviremos como en un estado de guerra permanente"**. Entrevista con Isabela Gresser. Disponible en <<https://www.efe.com/efe/espana/des-tacada/byung-chul-han-viviremos-como-en-un-estado-de-guerra-permanente/10011-4244280>>. Acceso 12 septiembre, 2020.

LAWNER, Miguel. **"Piñera Otra Vez: 'Estamos enfrentando a un enemigo cruel y poderoso' "**. El clarín.cl. 17 de abril, 2020. Disponible en <https://www.elclarin.cl/2020/04/17/pinera-estamos-enfrentando-a-un-enemigo-cruel-y-poderoso/>

MAILLARD, Chantal. "La herida en la lengua". **En un principio era el hambre**. Antología esencial 1990-2015. Madrid: Fondo de Cultura Económica, 2015. 176 p. ISBN: 978-84-375-0730-9

MBEMBE, Achille. **Necropolítica**. Trad. y edición Elisabeth Falomir. Madrid: Melusina, 2006. 120 p. ISBN: 978-8496614-19-2

"Ministro Mañalich: 'El enemigo es uno solo y se llama coronavirus' ". En <[HTTPS://RADIO.UCHILE.CL/TEMAS/COVID-19/](https://radio.uchile.cl/temas/covid-19/)>. Acceso 22 de agosto, 2020.

"Ministro Mañalich: 'Nuestro único enemigo es el coronavirus' ". Audio en Cooperativa.cl, 2 de mayo de 2020. Disponible en <<https://www.cooperativa.cl/noticias/sociedad/salud/coronavirus/ministro-manalich-nuestro-unico-enemigo-es-el-coronavirus/2020-05-02/124742.html>>. Acceso 24 de agosto, 2020.

MÜLLER, Herta. **El rey se inclina y mata**. Trad. Isabel García Adánez. Madrid: Siruela, 2011a. 190 p. ISBN: 978-84-9841-428-8

MÜLLER, Herta. **Hambre y seda**. Trad. Isabel García Adánez. Madrid: Siruela, 2011b. 186 p. ISBN: 978-84-9841-619-0

NEIRA, Cristian. "**Mañalich declara 'la batalla de Santiago' al 'enemigo portentoso' coronavirus y acusa irresponsabilidad de capitalinos**". El desconcierto.cl, 3 de mayo de 2020. Disponible en <<https://www.eldesconcierto.cl/2020/05/03/manalich-declara-la-batalla-de-santiago-al-enemigo-portentoso-del-coronavirus-y-acusa-irresponsabilidad-de-la-gente/>>. Acceso 22 de agosto, 2020.

SUBCOMANDANTE INSURGENTE MARCOS. **El dolor y la rabia**. Comunicado del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, México. (2014, mayo 8). Enlace Zapatista. Recuperado de: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/2014/05/09/el-dolor-y-la-rabia/>

TZU, Sun. **El arte de la guerra**. Trad. Benjamín Briggent. Madrid: Plutón Ediciones, 2010. 126 p. ISBN: 978-84938061-5-6.

VIRILIO, Paul. **El procedimiento silencio**. *Con introducción de Andrea Giunta*. Trad. De Jorge Fondebrider. Buenos Aires: Paidós, 2001. 112 p. ISBN: 950-12-6526-9